

Nuevas consideraciones sobre el pluralismo (en)

y la planificación:
*planificación diferenciada e
ideología multicultural, políticas
y prácticas en el Canadá**

Liette Gilbert

*Facultad de Estudios del Medio Ambiente, York
University, Toronto*

DOI: <https://doi.org/10.24275/FEDZ3357>



El presente puede convertirse en un hito en el que los antiguos sueños de democracia ilustrada y justa se hagan realidad... la posibilidad de la planificación futura es la de una práctica que invite abiertamente a examinar y debatir los valores políticos y sociales.
Davidoff (1996 [1965]:305).

Las palabras de Paul Davidoff escritas en 1965, siguen captando las esperanzas del pluralismo y la planificación, y los retos que enfrentan. En su fundamental artículo "Advocacy and Pluralism in Planning", Davidoff hace un llamado en favor de la planificación plural y la defensa de planes alternativos que garanticen el acceso de todos los ciudadanos a oportunidades equitativas. Empero, durante más de tres décadas, las palabras de Davidoff han generado más intereses en favor de la promoción del pluralismo que del pluralismo en sí. Con el creciente interés actual por la planificación multicultural (o planificación en una sociedad multicultural), la cuestión del pluralismo y la planificación (el pluralismo en la planificación) revive el debate sobre el tratamiento de los valores políticos y sociales mediante la práctica de la planificación. Cuando se ha llevado a la práctica la planificación plural, suele aparecer como una multitud inevitable de prácticas e intereses y no como una nueva consideración de las políticas del pluralismo en la planificación. En otras palabras, en tanto institución, la planificación ha sido en sus prácticas incluyentes de la diversidad más reactiva que previsor.

Aunque el tema de la promoción no debe soslayarse ni menospreciarse, el ímpetu para abrir nuevamente el debate sobre el pluralismo en la práctica de la planificación surge de controversias y críticas

* Traducción del inglés: Pedro A. González Caver.

en derredor de las políticas sobre las instituciones, la representación y el reconocimiento cultural. Este debate no es exclusivo del dominio de la planificación; es también pertinente para la sociedad en su conjunto. No obstante, como lo sostiene elocuentemente Sandercock (1998), el reto de la diversidad y la diferencia (como resultado de las migraciones transnacionales, movimientos poscoloniales y el surgimiento de la sociedad civil) es tan relevante que la planificación debe enfrentarlo de manera apremiante.

Si bien la planificación reconoce que la necesidad de práctica, educación y saber depende más de los aspectos pluralistas de nuestras sociedades, que cambian aceleradamente y son más sensibles a éstos, la pregunta sigue siendo: ¿en qué medida ha logrado la planificación, en tanto disciplina y profesión, responder a este llamado a la diversidad? Ésta es una pregunta realmente difícil y quizá imposible de responder en la planificación; sin embargo, es una de las más pertinentes porque refleja la relación más amplia entre la sociedad y el pluralismo.

Este artículo considera algunas posibilidades y limitaciones del pluralismo y la planificación (el pluralismo en la planificación), al analizar las tensiones del pluralismo en tanto realidad social, ideología política y políticas sociales en el Canadá. Mi argumento es que la práctica de la planificación multicultural en el Canadá ha sido relativamente importante en cuanto a sus resultados, pero las limitaciones de esta práctica son análogas a algunas de las limitaciones más amplias de la política multicultural de ese país, establecida en 1971 y revisada en 1988. Ahora bien, la diferencia estriba en que la planificación ha tratado a la diversidad como excepción más que como punto de partida (Wallace y Milroy, 1999), mientras que la política de multiculturalismo ha tratado de inscribir la diversidad como

uno de los principios fundamentales que dotan de una expresión coherente a la sociedad canadiense. Volver a considerar nuestro compromiso con el pluralismo en la planificación supone que la diversidad no es un problema que deba tomarse en cuenta, sino más bien una meta que guía una práctica de planificación diferenciada.

El término ‘diversidad’ se emplea en el presente escrito principalmente con relación a una diversidad cultural ampliamente definida, representada por minorías “étnicas”, grupos de “inmigrantes”, mujeres, jóvenes y otros grupos que “buscan participar en las instituciones de la sociedad dominante, pero en formas que reconozcan y afirmen, y no que excluyan, asimilen o denigren, sus modos de pensar, hablar y actuar que son distintas desde el punto de vista cultural” (Tully 1995:4). En este sentido, los reclamos culturales no son en sí sobre diferencias culturales, sino sobre justicia multicultural.

El contexto en la teoría y la práctica

Toronto suele jactarse de ser “la” ciudad más multicultural (del mundo), dado que 50% de su población nació fuera del Canadá. Pese al evidente pluralismo cultural de sus calles o de su metro, Toronto se resiste constantemente a la ideología del multiculturalismo, que idealmente supone la ausencia de un grupo dominante. Éste es el caso, aun cuando efectivamente su ideal multicultural va más allá de los términos de la política canadiense de multiculturalismo instituida en 1971. Al participar en audiencias de planificación, reuniones de asociaciones profesionales, o juntas del ayuntamiento, se cae en cuenta que prevalece el enfoque de una cultura monolítica tradicional, pese a algunos logros mencionados en los escritos sobre planificación multicultural redactados en el Canadá. Quizá

uno de los aspectos más alentadores del multiculturalismo es la diversidad que se refleja entre los estudiantes de planificación en nuestras aulas.

Los trabajos de Milroy (1992), Qadeer (1997, 2000), Wallace y Milroy (1999) y Sandercock (1998, 2000) son contribuciones críticas para el desarrollo de una teoría multicultural de la planificación. Probablemente esas contribuciones han sido influidas por otras teorías sobre la planificación en sectores subsidiarios como la planificación de la promoción o la planificación de la justicia (entre muchos otros), y al igual que la teoría de la planificación multicultural, han evolucionado de acuerdo con un argumento que toma en cuenta la representación. Aunque teorías posteriores han tenido influencia en el Canadá (a menudo pese al distinto contexto sociopolítico imperante), el paradigma de la planificación multicultural ha resonado plenamente en las preocupaciones de la planificación social, política y académica del país. No obstante, los límites de la teoría y la práctica de la planificación multicultural se han equiparado a los límites del pluralismo en la sociedad en general.

Como en la sociedad en su conjunto, el pluralismo en la planificación es objeto de un creciente debate (hecho que reconoce la diversidad sociocultural de la sociedad), pero éste ha sido más simbólico que estructural. En el contexto canadiense, los límites del pluralismo son un reflejo de los límites de la política cultural oficial de multiculturalismo establecida hace tres décadas. Al igual que la política oficial multicultural misma, la planificación multicultural ha permitido más cambios físicos (esto es, lo que podría considerarse una fachada), evidentes en sus resultados, que en cambios institucionales promovidos por el proceso de planificación (con pocas excepciones que tratan de incluir algunas formas de participación pública). En la jerga

multicultural favorita, dichas prácticas han tomado en cuenta la necesidad de modificar el *modus operandi* tanto personal como institucional más que reconocerla. Aunque los cambios mencionados no son poca cosa, los límites del pluralismo en la planificación no son peculiares a la disciplina académica y a la profesión; más bien, estos límites son representativos de consideraciones políticas más amplias sobre el pluralismo en los contextos de sociedades cada vez más multiformes.

La experiencia canadiense en la planificación multicultural

Si pudiéramos ubicar la planificación en un continuo teórico que va de lo multicultural a lo monocultural (o, en palabras de Burayidi, 2000a, monista y holista), los planificadores tendrían un éxito relativo en su meta de adoptar métodos de planificación sensibles al elemento cultural, no así en la ejecución práctica para alcanzar esta meta (Qadeer, 2000; Sandercock, 2000). Como sostiene Qadeer, el sistema de planificación urbana del Canadá “ha logrado tomar en cuenta las diferencias culturales en sus formas graduales, de proceso y como reacción, no mediante iniciativas amplias de política” (2000:17).

En palabras de Wallace y Milroy, el pluralismo en la planificación se ha traducido en “la incorporación de la diversidad en la práctica tradicional de la planificación, en cada caso por separado” (1999:69). Estos puntos de vista no niegan los logros relativos alcanzados en las prácticas de la planificación, sin embargo, yo dudo, tanto por cautela como por método, en medir “la eficacia del sistema de planificación urbana del Canadá para satisfacer las distintas necesidades... en los resultados” (Qadeer 2000:16). Los resultados pueden ser muy

esperanzadores por sí mismos pero son relativos si se analizan bajo el mismo reflector que los procesos de resistencia, las prolongadas apelaciones que culminan en rechazos, esperanzas y éxitos.

Qadeer reconoce que los sistemas de planificación han facilitado y aprobado formas múltiples de desarrollo impulsadas por las fuerzas del mercado (por ejemplo, los barrios chinos, los centros comerciales asiáticos, lugares de culto, bazares de la India, etc.). Aunque en verdad son fascinantes las representaciones de la diversidad, como en el caso de las llamadas marcas “étnicas” en el ambiente construido (por ejemplo, tejados estilo pagoda), no se traducen directamente en mejores condiciones sociales para un grupo o para los individuos. Aunque estas marcas físicas de la diversidad y la diferencia en el ambiente construido podrían representar algunos logros técnicos sobre la reglamentación de la planificación (con mayor frecuencia con respecto a estacionamientos, tráfico y uso del terreno), no permiten necesariamente una mayor participación política de la sociedad, ni impiden actitudes discriminatorias en el público en general. En la mayoría de los casos, la así llamada “aceptación de las diferencias culturales”, podría tratarse tanto de elementos económicos (en concreto en las zonas comerciales) como de los ideales del pluralismo o la cohesión social. Asimismo, de forma no tan disímil a un programa de gestión de la diversidad en una organización (por ejemplo, el infame seminario obligatorio sobre la diversidad), tal planificación se ha limitado a lograr resultados que tratan las cuestiones de la desigualdad, la inclusión y la participación de personas o grupos marginales en las prácticas institucionales convencionales de la profesión.

El pluralismo en la planificación suele estar influido por una óptica empresarial del multiculturalismo relacionada con la elección/demanda de los consu-

midores o la aceptación/oposición del público a un caso o proyecto concreto. En general, esta óptica acaba por lograr la aceptación de la planificación (como proceso o resultado) más que del pluralismo en sí. Esto es lo que Wallace y Milroy identifican como la principal vía seguida por los planificadores para enfrentar los retos de la cada vez más multicultural sociedad canadiense: “la diversidad como excepción” (1999:55). Mi objetivo al reflexionar sobre la relación social más amplia con el pluralismo es comenzar a explorar las implicaciones de la segunda vía propuesta por Wallace y Milroy, esto es, la diversidad como “punto de partida” (1999:70). Pese a su actual política de multiculturalismo, el pluralismo del Canadá ha experimentado históricamente un punto de partida cuestionado, el llamado paradigma de dos “naciones fundadoras”, que ocultó la diversidad de los indígenas y de otros pueblos distintos del británico y el francés.

Reconciliación de las múltiples dimensiones del pluralismo

El término “pluralismo” suele definir un proceso social que anima el reconocimiento de la diversidad y el mantenimiento de las identidades grupales. Esta definición abarca tanto una forma del pluralismo cultural como lo definió Kallen (en 1915, citado por Sollors en 1996), en contraste con la asimilación, como las formas recientes del pluralismo político expresadas por el multiculturalismo que subrayan la coexistencia de culturas, y el elemento intercultural, que pone énfasis en la “acción recíproca y la imbricación de culturas” (Tully, 1995). McLennan (1995) identifica tres tipos de pluralismo: el pluralismo filosófico, el sociocultural y el político. Estas tres categorías interactúan y se complementan unas a otras, produciendo así la premi-

sa (y la promesa) de una sociedad pluralista. McLennan define las tres dimensiones del pluralismo como sigue.

- El pluralismo filosófico (o epistemológico) se refiere a los problemas filosóficos y de interpretación en cuanto a la evaluación de las diversas aseveraciones sobre el conocimiento relativo al mundo social. Plantea la existencia y validez de una multiplicidad de “paradigmas” sustantivos de interpretación; muchas verdades; muchos mundos.
- El pluralismo sociocultural exige la adhesión a muchos tipos de relaciones sociales importantes; muchas culturas, varias identidades.
- El pluralismo político tiene distintas fuerzas y ofrece un nivel de compromiso con la diversidad en el sistema de gobierno. Postula el reconocimiento de la diferencia sociocultural, la simplificación de la diferencia; la representación de la diferencia en todos los arreglos decisivos básicos (McLennan, 1995:6-7).

Ya sea en la planificación o en la sociedad en general, el pluralismo filosófico suele subsumirse en la comprensión del pluralismo sociocultural y político, aun cuando el reconocimiento de una pluralidad de conocimientos y prácticas sigue siendo un desafío constante del entramado de la sociedad y del ejercicio de la planificación. El desafío todavía mayor consiste en tomar en cuenta cómo la gama de posturas, teorías, conocimientos y prácticas pueden llevarse a efecto en un ámbito político o institucional, que tradicionalmente se articula en torno a la idea (o el ideal) de la unidad. El desafío de la comprensión del pluralismo es consecuencia directa de los problemas que supone equiparar nuestro reconocimiento de la diversidad a un hecho social inevitable y a nuestros compromisos ideológicos y políticos con el pluralismo. A su vez, el compromiso políti-

co de un sistema de gobierno (por lo general un Estado-nación), o de una institución con el pluralismo, varía en gran medida de acuerdo con sus referencias ideológicas y constitucionales (referencias que pueden ser influidas por la participación y movilización de distintos actores). Por consiguiente, el compromiso político e ideológico de un sistema de gobierno con su diversidad demográfica varía en su alcance y no se traduce necesariamente en un pluralismo filosófico profundo que promueve distintas formas de conocimiento y de ser. Por ejemplo, el Canadá y los Estados Unidos comparten una diversidad demográfica *de facto* pero difieren en el reconocimiento *de jure* de esa diversidad. No importa si el pluralismo está políticamente institucionalizado o no, el pluralismo sociocultural sigue siendo una realidad que, en sí misma, sigue quedando abierta a muchas interpretaciones.

El multiculturalismo como ideología

En el Canadá, el multiculturalismo se ha convertido en una ideología popular de armonía racial, étnica y cultural, y en una estrategia de gestión del pluralismo. Algunos defensores del multiculturalismo han sostenido que un mayor reconocimiento cultural y tolerancia de las diferencias han creado un mejor lugar para los “otros.” Algunos críticos conservadores afirman que el multiculturalismo ha ido demasiado lejos al “volver problemáticas” y acentuar las diferencias, hasta el punto de causar divisiones irreconciliables. Y, sin embargo, otros sostendrían que, en la mayoría de las ocasiones, el reconocimiento de la diversidad ha sido a lo sumo simbólico o festivo. Esta última postura sostiene que el supuesto implícito de que el multiculturalismo refleja la ausencia de una cultura dominante, ciertamente no ha sustituido la jerarquía social vigente en distintas sociedades multiculturales *de facto*. Dada la

diversidad pluriétnica, tanto histórica como actual, de las sociedades canadiense y estadounidense, y aunque por definición el multiculturalismo rechaza la asimilación en una cultura dominante, parecería que distintos tipos de pluralismo siguen profundamente arraigados en un paradigma asimilacionista tradicional que suprime las diferencias culturales mediante procesos de carácter racial y étnico, o reafirma los límites de la pertenencia política y la ciudadanía.

Los multiculturalistas críticos han restado énfasis al elemento cultural para centrarse en la economía política como una estrategia de ese tipo. Cruz (1996) ha considerado el multiculturalismo “como parte de una lógica social del capitalismo tardío y como una característica cultural en la intersección de la globalización económica y la crisis fiscal y nacional del Estado” (Cruz, 1996:19). En el mismo sentido, el multiculturalismo se ha visto como una estrategia importada o una coartada mundial. Miyoshi (1996) y Mitchell (1996) han criticado el multiculturalismo por ser una especie de “coartada para ocultar la realidad de la política mundial” (Miyoshi, 1996:79). El multiculturalismo “empresarial” es una “estrategia importada” (Davis 1990:81) que auspicia la diversidad internacional en representaciones de altos ingresos haciendo así caso omiso de los migrantes internacionales y las minorías nacionales de bajos ingresos. En algunos casos, el multiculturalismo se ha convertido en una “estrategia de comercialización” empresarial como se presenta en los anuncios publicitarios. Las empresas de telefonía de larga distancia se han destacado en la venta de la diversidad social (y la promesa de ésta) en sus anuncios publicitarios. Al vincular el multiculturalismo como hecho, política y lógica social del capitalismo, un estudio de Mitchell (1996) demuestra con perspicacia cómo el público y las instituciones

privadas canadienses se han apropiado políticamente y han normalizado y reconstruido la idea (el ideal) del multiculturalismo del Canadá para facilitar las inversiones internacionales y la urbanización de Vancouver. Esos críticos no rechazan necesariamente las estrategias del multiculturalismo, sino que han sugerido que dichas estrategias deben “supervisarse y cuestionarse constantemente, en particular respecto a sus relaciones simbióticas con los movimientos del capital transnacional” (Mitchell, 1996:221).

El multiculturalismo como política social

El pluralismo cultural del Canadá es famoso a partir de una política oficial aprobada en 1971 por el Gobierno de Trudeau, como ideal político y estrategia de gestión del pluralismo y, en retrospectiva, quizá sea la política que más haya influido en la (re)definición de una identidad nacional canadiense. En un principio, la política del pluralismo cultural se centró en el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural de acuerdo con aspectos demográficos y la promoción simbólica del patrimonio cultural. La política evolucionó posteriormente y pasó de la conservación de culturas y tradiciones a centrarse en la promoción de la reforma legislativa estructural que subrayaba las oportunidades y protección equitativas de todos los grupos. Más que el reconocimiento de una población multicultural en el programa oficial, el multiculturalismo del Canadá se consideraba como un ideal social que definía “cómo conducirse en una sociedad constituida por un contexto multicultural y cómo idear un concepto de identidad nacional que incluyera la pluralidad de tradiciones” (Angus, 1997:140) Sin embargo, más que ser concebida, la política parece haber surgido por omisión.

El reconocimiento de Canadá por su pluralismo sociocultural se remonta a mediados de la década de 1960, periodo que coincide con la diversificación de la inmigración, el surgimiento de la autodeterminación indígena y *québécois*, y la consolidación de las organizaciones étnicas del país. A principios de esta misma década, los defensores de la Revolución Silenciosa de Québec solicitaron que una comisión federal independiente evaluara la subordinación de la minoría francófona a la mayoría anglófona. Después de un gran debate en torno a sus mandatos y organización, La Real Comisión de Investigación sobre el Bilingüismo y el Biculturalismo sostuvo una serie de reuniones regionales en todo el Canadá para medir, directamente de los residentes y organizaciones locales, el pulso de las relaciones franco-inglesas en materias como idioma, educación, trabajo, sectores público y privado, grupos étnicos, arte, medios de comunicación y asociaciones de voluntarios (Dion, 1998).

Al prestar más interés a la tensión entre las sociedades inglesa y francesa, la comisión reveló una serie de papeles desempeñados en el Canadá, cada vez en mayor medida, por personas que no tenían ascendencia ni inglesa ni francesa. Entonces el término biculturalismo fue reemplazado en los primeros trabajos de la comisión por la expresión histórica general de “dos culturas dominantes” en un esfuerzo por reconocer las contribuciones de las “culturas minoritarias” a la sociedad canadiense. La comisión, que originalmente se había establecido para evaluar el biculturalismo del Canadá, rápidamente cobró conciencia de que la sociedad canadiense era, de hecho, multicultural y, como resultado de ello, el Gobierno canadiense instituyó en 1971 la política de “multiculturalismo dentro de un esquema bilingüe”.

Por consiguiente, la génesis de la política del multiculturalismo del Canadá suele atribuirse a dos

situaciones hipotéticas distintas pero a la vez complementarias. A lo largo de siete años de audiencias públicas, la comisión tuvo éxito en ser el primer canal de comunicación oficial entre el gobierno federal y los grupos étnico-culturales. Al revelar su propia subordinación socioeconómica y finalizar su marginalización política, los grupos de “inmigrantes” (esto es, que no eran de origen inglés ni francés) abrieron un debate nacional sobre la realidad del multiculturalismo y los temas relacionados con la asimilación, el idioma, el patrimonio cultural y el cambio social, por mencionar sólo unos cuantos. Pero al mismo tiempo, este debate era percibido por algunos como un intento por relegar la situación histórica de Québec de pertenencia como “grupo constitucional” a un grupo étnico más, entre muchos otros. Como provincia con una minoría étnica en el Canadá y pese al estado oficial de bilingüismo concedido por la política oficial de multiculturalismo, Québec sentía que la política estaba incorporando “el hecho francés” en este mosaico nacional multicultural recientemente reconocido, sin cuestionar el dominio inglés del Canadá (y el apoyo de Québec al interculturalismo). Más que sólo reconocer la importancia de la inmigración, las distintas contribuciones de los inmigrantes en el Canadá y la voz cada vez más política de algunas organizaciones étnicas, la política de multiculturalismo formó un nuevo discurso nacional que enunciaba con claridad una nueva identidad nacional. Sin embargo, la definición de una identidad nacional de ese tipo ha sido polémica desde el comienzo, cuando Trudeau sostuvo que:

A mis ojos y los del Gobierno, y estoy seguro que a ojos de todos los canadienses, no puede haber una política cultural para los canadienses de origen francés o británico, otra para los grupos indígenas y aún otra para todos los demás, por-

que aunque hay dos idiomas oficiales, no hay una cultura oficial; además, ningún grupo étnico tiene prioridad sobre los demás (Consejo Consultivo Canadiense sobre el Multiculturalismo, 1976).

Aunque es innegable que el multiculturalismo es uno de los legados más importantes de la época de Trudeau, la declaración del presidente ha servido de sólido argumento a los críticos de la política, quienes percibieron una cultura inglesa predominante en el panorama social, político y económico del Canadá. Aun cuando la política de multiculturalismo funcionó en un ámbito bilingüe, no se cuestionó la condición del inglés como idioma dominante en los ámbitos nacional, continental e internacional.

Criticada con el paso del tiempo por el reconocimiento simbólico que hace de la diversidad étnico-cultural, la política canadiense de multiculturalismo ha pasado de reproducir tradiciones culturales a subrayar la reforma legislativa que brinda iguales oportunidades y protección a todos los grupos. La revisión de la ley en 1988 siguió garantizando el reconocimiento y desarrollo del patrimonio cultural, pero se concentró también en un cambio legislativo para promover la igualdad, la participación política y la reforma institucional (dentro de referencias legislativas, tanto nacionales como internacionales, más amplias). La Política de Multiculturalismo de Canadá está fundamentada en la Constitución del Canadá, las Leyes Oficiales del Idioma, la Ley de Ciudadanía, la Ley sobre los Derechos Humanos del Canadá, la Convención Internacional para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (Ley sobre el Multiculturalismo Canadiense, julio de 1988).

El texto de la ley de 1988 expone en detalle una serie de objetivos (citados extensamente a continua-

ción) que presentan el multiculturalismo como un atributo de la sociedad e identidad canadienses (véanse los incisos a, b), como medio de desarrollo, participación e inclusión (incisos c, d, e), así como modelo de influencia social recíproca (incisos f, g, h), y como medio de comunicación (incisos i, j). La *Ley sobre el Multiculturalismo Canadiense* declara que la política del Gobierno del Canadá consiste en:

- a) reconocer el hecho de que el multiculturalismo refleja la diversidad cultural y racial de la sociedad canadiense y se traduce en la libertad, para todos sus miembros, de mantener, valorar y compartir su patrimonio cultural, así como sensibilizar a la población sobre este hecho;
- b) reconocer el hecho de que el multiculturalismo es una característica fundamental de la identidad y del patrimonio de los canadienses y constituye un recurso inestimable para el futuro del país, así como sensibilizar a la población sobre este hecho;
- c) promover la participación plena y equitativa de personas y comunidades de todos los orígenes en la continua evolución y formación de todos los aspectos de la sociedad canadiense, y asistirlos para eliminar todos los obstáculos a dicha participación;
- d) reconocer la existencia de comunidades cuyos miembros comparten un origen común, así como su contribución a la historia del país, y favorecer su desarrollo;
- e) asegurar que la ley se aplique por igual a todas las personas y procurar a todas la misma protección, al tiempo que se respete y valore las particularidades de cada una;
- f) alentar y asistir a las instituciones sociales, culturales, económicas y políticas canadienses a tomar en cuenta el carácter multicultural del Canadá;
- g) promover la comprensión entre las personas y

comunidades de orígenes diferentes y el poder de creación que resulte de los intercambios entre ellas;

- h) favorecer el reconocimiento de la estima recíproca de las distintas culturas del país, además de promover la expresión y las manifestaciones progresivas de estas culturas en la sociedad canadiense;
- i) de forma paralela a la afirmación del estatuto de los idiomas oficiales, el inglés y el francés, y la ampliación de su empleo, mantener y valorar el de otros idiomas; y
- j) promover el multiculturalismo en armonía con los compromisos nacionales respecto de las lenguas oficiales (Ley sobre el Multiculturalismo de 1988).

Además del reconocimiento de sus características pluralistas y las disposiciones jurídicas, el texto de la ley termina con recomendaciones a todas las instituciones federales en el sentido de que pongan en práctica el acceso, la igualdad y el cambio social promovido por el espíritu de este ideal multicultural. Pero el mecanismo de puesta en marcha, como la terminología de los objetivos, sigue teniendo metas demasiado amplias como para permitir la inclusión. No obstante, a fin de cuentas, la política se queda corta en cuanto a los pormenores sobre el significado real de "reconocer, sensibilizar, conservar o promover" los términos del multiculturalismo.

La terminología relativa al multiculturalismo y al pluralismo ha sido muy útil para abrir el léxico habitual de la planificación (hecho señalado por Milroy, 1992) en un contexto levemente distinto. En América del Norte, expresiones concretas como *comprometido*, *tolerante*, o incluso *que celebra la diversidad* o *la diferencia* se han vuelto parte del discurso de la planificación, incluso cuando estos

términos son bastante vagos y siguen transmitiendo la difícil relación de los grupos dominantes y subordinados.

Nuevas consideraciones sobre el pluralismo en la planificación

Burayidi (2000a) ha establecido paralelos entre el pluralismo en la planificación y la construcción nacional de la diversidad. Él sostiene que la "idea de la respuesta de los planificadores a la diferencia étnica y cultural en su práctica se entendería mejor si la analizamos respecto a la evolución de la política nacional prevaleciente y respecto a la raza y los factores étnicos" (2000a:39). Luego sugiere, "tres fases en la evolución de la práctica de la planificación urbana en lo que toca al compromiso con la diversidad cultural" (*ibid*). Burayidi identifica estas fases en el proceso de asimilación anterior a la década de 1960, en el proceso de integración —entre las décadas de 1960 y 1980—, y en el proceso del multiculturalismo posterior a la década de 1980, fases a las cuales superpone un continuo de respuestas que van desde las monistas hasta las holistas. Aunque el análisis de Burayidi realza la trayectoria de la planificación como respuesta a las ideas culturales de la diversidad vigentes en su relación, las ideologías representadas a lo largo del continuo tienen, no obstante, un fundamento histórico en el paradigma de sociedad basado en la asimilación. Por consiguiente, incluso el proceso de multiculturalismo característico de las actuales prácticas de planificación urbana reaccionan a la asimilación más que al pluralismo al tomar en consideración la diversidad como excepción y no como punto de partida.

Al igual que el compromiso del Estado-nación con el pluralismo, el proceso de planificación se ha enunciado en una perspectiva universal en donde

las reivindicaciones concretas han creado la necesidad de arreglos institucionales distintos, a fin de tratar la diversidad. Tradicionalmente esos arreglos han visto "la diversidad como excepción" (Wallace y Milroy, 1999). Pero mientras consideremos a la "diversidad como excepción", la planificación tendrá un éxito limitado para mitigar la reproducción de la desigualdad por discriminación social (esto es, raza, factores étnicos, situación socioeconómica, idioma, educación, desempleo, etc.), y estructural debido a que la "excepción" impide a un organismo poner en tela de juicio su propio papel en la perpetuación de la discriminación. Para impedir desigualdades sociales sistemáticas, el Estado (o alguna institución) no debería permitir a ningún grupo dominar a otros grupos ni oprimir a sus propios miembros. Esta es la ideología que de manera ideal penetra en la construcción de una nación multicultural, inclusive cuando, en la realidad, ni una política oficial ni el reconocimiento universal de los derechos sociales de la igualdad y la justicia se ha traducido en igualdad y justicia social.

La identificación del punto de partida desde el cual abordaríamos el pluralismo en la planificación exige de manera diferenciada que, al igual que el modelo del Estado-nación multicultural, la planificación multicultural descansa en el reconocimiento de la diversidad cultural y los derechos colectivos de los grupos diferenciados. El concepto de derechos diferenciados o ciudadanía diferenciada sostenido por Young (1990) y Kymlicka (1995, 1996) podría ser útil a su manera, pues permitiría derechos de representación especiales para grupos oprimidos o marginales. Para el Estado-nación, el reconocimiento institucional del pluralismo cultural ha incluido medidas públicas, como derechos a la lengua propia, autonomía regional, reclamaciones de tierras, representación garantizada y derechos de veto, dirigidas a proteger y promover las

identidades étnicas y nacionales. Los derechos diferenciados no se enunciarían en torno de los derechos especiales, sino que serían un reclamo de los mismos derechos que han sido negados o tomados por el grupo dominante o que se dan en la práctica (Kymlicka, 1996). Dicho mecanismo no se interpretaría como una fuente de falta de unión, sino como la admisión del uso de prácticas opresivas y un compromiso con la democracia y la justicia social. Young (1990) y Kymlicka (1995a) ya han sostenido que los derechos diferenciados de grupos no son contradictorios con los principios liberales básicos de libertad individual y justicia social. El reclamo de esos derechos podría ser, en efecto, necesario para realizar un proceso de socialización más amplio con miras a la transformación de las prácticas del Estado y otras instituciones de la sociedad civil (Helly, 1996).

Serían apropiadas para la planificación medidas de representación y participación, siempre y cuando el proceso o el resultado no se determine de antemano o se vea minado por su sola apariencia. La planificación diferenciada no puede pretender hacer cosas tan sólo por invitar a distintas personas a participar de las mismas prácticas. Para la planificación diferenciada haría falta una voluntad de arriesgar prácticas establecidas porque la representación y la participación de algunos grupos podría transformar por completo el proceso de planificación y su resultado. A medida que en vecindarios, ciudades y regiones hay mayor diversidad (por la inmigración y otras experiencias), la carga de la asimilación, adaptación o integración en un sistema de planificación existente no debe quedar tan sólo en manos de las personas o grupos percibidos como diferentes, sean recién llegados o residentes establecidos.

Siguiendo el espíritu de la invitación que hace Davidoff a examinar y debatir abiertamente los valores

políticos y sociales, y la recomendación de Mitchell de vigilar y cuestionar permanentemente el multiculturalismo, surgen algunas preguntas relacionadas con los objetivos de la política del multiculturalismo para la planificación. Plantear estas preguntas reafirmaría el compromiso de la planificación (en tanto institución, práctica, educación y saber) con el pluralismo.

¿Cómo "reconoce y promueve" la planificación la diversidad multicultural de una sociedad (en muchos niveles) y "permite" que todos los miembros de la sociedad expresen sus reclamos y su participación cultural en la sociedad? ¿Cómo "reconoce y elimina" sus prácticas discriminatorias en la planificación y "promueve" la participación de distintas personas y comunidades que tradicionalmente han sido privadas del derecho de representación en el proceso y los resultados de la planificación? ¿Cómo "garantiza" la planificación un trato y una protección igualitarias para las distintas personas con distintas voces, idiomas o intereses? ¿Cómo "anima y asiste" la planificación a otras instituciones colaboradoras para que incluyan el carácter multicultural en el desarrollo de una sociedad multicultural?

Estas preguntas no representan un profundo examen de conciencia dados los debates teóricos actuales de la planificación multicultural. Son más bien una evaluación personal y colectiva de nuestras acciones (una fase que a menudo suele pasarse por alto, descartarse o abreviarse en los procesos de planificación y concepción). Dicho examen reflejaría las tradiciones del pasado, las condiciones actuales y los rumbos futuros. Inevitablemente será guiado por las prácticas sociales de la diversidad (y también por un compromiso cultural y político para volver a revisar las ideologías dominantes que afectan nuestras prácticas de pluralismo en la planificación).

En el Canadá, la historia revela que el multiculturalismo sí fomentó una identidad "canadiense" ba-

sada en un conjunto de culturas diferentes y en la especificidad de cada grupo, haciendo posible para las personas el mantener sus propias prácticas culturales (incluso una referencia a su país de origen) al tiempo que adoptaban y definían una nueva identidad "canadiense". Sin embargo, aun que distintos pueblos podían identificarse con el "ser canadienses", al Estado-nación le fue más difícil definir o imaginar qué constituía la "canadidad", lo que a su vez dio más importancia al multiculturalismo en la "identidad canadiense." Es posible que la planificación multicultural y la planificación diferenciada lleguen finalmente a este nuevo examen y definición de sus prácticas personales y colectivas del pluralismo, al mismo tiempo que la sociedad y la profesión de la planificación se diversifican en mayor medida. Sin embargo, esta modalidad de reacción sólo seguiría privilegiando la "excepción".

Conclusión

La ideología contribuye a mantener o modificar las condiciones generales y locales que influyen en las relaciones sociales que, a su vez, tienen la capacidad para cambiar a la sociedad. Además de dotarlos de un discurso ideológico, una política da a un Estado-nación o a una institución los parámetros normativos para la sociedad. Una política crea un telón de fondo para que el recurso legal y el discurso social condenen la discriminación, pero no puede pretender contar con la capacidad para cambiar por completo a la sociedad y sus prácticas. En ese sentido, el compromiso plural o multicultural de una persona o una sociedad no puede imponerse únicamente mediante una política. Las prácticas, ideologías y políticas deben ir juntas.

Las tensiones entre el pluralismo y la planificación permanecerán mientras las prácticas alenta-

das por motivos económicos hagan caso omiso, se abstengan o se oculten de las responsabilidades de planear, crear y desarrollar una sociedad justa en la que la diversidad no sea percibida como algo que deba reconocerse, albergarse o, en el peor de los casos, tolerarse en un proceso de planificación, sino donde la sustentación de la diversidad se convierta en la meta, y no en el problema.

Bibliografía

- ALLMENDINGER (2002). *Planning Theory*. Nueva York: Palgrave.
- ANGUS, I. (1997). *A Border Within: National Identity, Cultural Plurality and Wilderness*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- BURAYIDI, M. (2000). *Urban Planning in a Multicultural Society*. Westport, CT: Praeger.
- (2000a). "Tracking the Planning Profession: from Monistic Planning to Holistic Planning for a Multicultural Society". En M. Burayidi. Ed. *Urban Planning in a Multicultural Society*. Westport, CT: Praeger.
- CANADIAN Consultative Council of Multiculturalism (1976).
- Canadian Multiculturalism Act. Ley sobre el multiculturalismo de los canadienses (1988).
- CRUZ, J. (1996). "From Farce to Tragedy: reflections on the Reification of Race at the Century's End". En A. Gordon y C. Newfield. Eds. *Mapping Multiculturalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DAVIDOFF, P. (1996 [1965]). "Advocacy and Pluralism in Planning". En S. Campbell y S. Fairstein. Eds *Readings in Planning Theory*. Cambridge MA: Blackwell.
- DAVIS, M. (1990). *City of Quartz: Excavating the Future of Los Angeles*. Nueva York: Verso.
- DION, L. (1998). *La révolution dérivée 1960-1976*. Montréal: Boréal.
- HELLY, D. (1996). *Le Québec face à la pluralité culturelle 1977-1994*. Sainte-Foy, QC: Editions de l'Institut québécois de recherche sur la culture/Presses de l'Université Laval.
- KALLEN, P. (1915). In W. Sollors (1996). *Theories of Ethnicity: A Classical Reader*. New York: University Press.
- KYMELICKA, W. (1996). "Three Forms of Group-Differentiated Citizenship in Canada". En S. Benhabib Ed. *Democracy and Difference: Contested the Boundaries of the Political*. Princeton: Princeton University Press.
- (1995). *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Rights*. Oxford: Oxford University Press.
- (1995a). *The Rights of Minority Cultures*. Oxford: Oxford University Press.
- McLENNAN, G. (1995). *Pluralism*. Birmingham, UK: Open University Press.
- MITCHELL, K. (1996). "In Whose Interest? Transnational Capital and the Production of Multiculturalism in Canada". En R. Wilson y W. Dissanayake Eds. *Global/Local: Cultural Production and the Transnational Imaginary*. London: Duke University Press.
- MILROY, B. (1992). "Some Thoughts About Difference and Pluralism". En *Planning Theory* 7(8), pp. 33-38.
- MYOSHI, M. (1996). "A Borderless World? From Colonialism to Transnationalism and the Decline of the Nation-State". En R. Wilson y W. Dissanayake Eds. *Global/Local: Cultural Production and the Transnational Imaginary*. London: Duke University Press.
- QADEER, M. (1997). "Pluralistic Planning for multicultural cities". En *Journal of the American Planning Association* 63(4), pp. 481-494.
- (2000). "Urban Planning and Multiculturalism: Beyond Sensitivity". En *Plan Canada* 40(4), pp. 16-18.
- SANDERCOCK, L. (1998). *Towards Cosmopolis: Planning for Multicultural Cities*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- (2000). "When Strangers Become Neighbors: Managing Cities of Difference". En *Planning Theory and Practice* 1(1), pp. 13-30.
- TULLY, J. (1995). *Strange Multiplicity: Constitutionalism in an Age of Diversity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WALLACE, M. (2000). "Where Planning Meets Multiculturalism: A View of Planning Practice in the Greater Toronto Area". En *Plan Canada* 40(4), pp. 19-20.
- y B. Moore Milroy (1999). "Intersecting Claims: Planning in Canada's cities". En T. Fenster Ed. *Gender, Planning and Human Rights*. Nueva York: Routledge.
- YOUNG, I. (1990). *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.